

MIRET MAGDALENA

DESORDEN SEXUAL Y PSICOANÁLISIS

El novelista inglés D. H. Lawrence publicó en 1928 la «escandalosa»

obra *El amante de Lady Chatterley*. En ella resumía sus descabelladas ideas pansexualistas, producto de una falsa interpretación de las investigaciones de Freud.

Quizá ningún libro ha hecho tanto daño como éste al científico vienés; porque de él proviene —directa o indirectamente— el lugar común de que el psicoanálisis es una doctrina materialista y pansexualista de la vida; una especie de luz verde para los actos sexuales sin discriminación alguna.

La verdad es que nuestra erotizada civilización occidental encontró, en esta deformación de la doctrina freudiana, presente en obras como ésta, una buena ocasión para dar un barniz aparentemente científico a su falta de responsabilidad. Pero nada se puede encontrar en Freud —en el verdadero Freud— que justifique esta actitud.

Fue personalmente un excelente padre de familia, un honrado profesional y un buen marido, que constituyó incluso una familia numerosa, cosa que parece dar la máxima tranquilidad a todos los timoratos sexuales. Sus enseñanzas son claras sobre este particular; pero claras en un sentido muy distinto del que circula por la calle.

Para Freud vida sexual no es lo mismo que coito sexual, como algunos interpretan; sino algo mucho más amplio y profundo. En uno de sus trabajos incluso critica irónicamente a aquel médico —y yo he conocido hace años a un especialista español que hacía igual que él—, que aconsejaba a una respetable señora tener sin más relaciones sexuales materiales con cualquier persona para superar sus complejos.

Hay, en todo ello, dos errores graves de interpretación del psicoanálisis. El primero es que Freud no usa la palabra *sexualidad* en el sentido vulgar del término, sino que «usamos —dice de él mismo— la palabra sexualidad atribuyéndole el mismo significado comprensivo que tiene en alemán la palabra *lieben* (amar)». La segunda equivocación es «el error de creer que la satisfacción sexual constituye, en sí misma, un remedio de validez general para los que sufran de neurosis». Porque «el consejo de vivir hasta el extremo su vida sexual, nada tiene que ver con la terapéutica psicoanalítica», recalca sin titubeos Freud. Lo que hace falta es ser lúcidos y conscientes (ésta es la ley básica del psicoanálisis), y dominar con esta lucidez nuestros excesos impulsivos; pero no reprimir inconscientemente nuestras instancias y tendencias, con nuestras pudibundas hipocritas.

Para comprender bien la ingenuidad del proceder sumario que se propugna con el falso pansexualismo, bastaría aplicar el mismo criterio a la otra instancia básica descubierta por el psicoanálisis, que es la agresividad.

Todo hombre, desde niño, está sometido a estos impulsos sexuales y agresivos (y éste es uno de los más inteligentes y decisivos descubrimientos de Freud); pero a nadie se le ocurre recomendar que el mejor medio de asimilar la agresividad, como tendencia básica humana, sea el darle libre curso. Hay que pensar por un momento en lo que ocurriría si se dijese en serio que todo el mundo debería dar rienda suelta a estos impulsos agresivos, que subyacen dentro de uno mismo, para equilibrarse psíquicamente. El resultado sería la extinción de la Humanidad, y, sin embargo, esta agresividad —este instinto luchador, como le llamó el psicólogo suizo Bover— es imprescindible al ser humano; pero llevado adelante y desarrollado constructivamente, en forma menos ingenua y despiadada de lo que se propugna muchas veces, y de lo que se practica corrientemente en nuestra civilización occidental, civilización que no ha sabido asimilar socialmente, ni integrar individualmente, este gran impulso creador.

El problema no está, por tanto, en el pansexualismo, cuando se entiende lo que pretende Freud, sino en los propios enfermos que no tienen integrada su sexualidad personal. Y que quizá practican una serie de actos desordenados, que su propia neurosis les lleva a repetir mecánicamente, sin ser dueños de ellos. Son esclavos de su afán de repetición, tan inteligentemente analizado por Freud como rasgo neurótico básico.

Para estos casos advierte el Papa Pío XII a los terapeutas,

en su discurso de 1953, que «la psicoterapia no debe aconsejar nunca continuar con lo que materialmente está mal, por el hecho de que se haga inculpablemente». Sin embargo, el Pontífice no es tan rígido, como para llegar a ser inhumano, y da —por eso mismo— el único consejo que corresponde al respeto que el propio psicoanálisis propugna siempre como actitud con el paciente, y es que el psicoanalista «puede tolerar lo que sea ineludible de momento», aunque esté disconforme con los actos inmorales que realiza individualmente el enfermo.

No se puede adelantar más de lo debido en el proceso integrador del ser humano. La regla del psicoanálisis es no quemar etapas (como pide el Papa), no forzar al psicoanalizado; sino ir respetuosamente fomentando el *autodesarrollo* por la *auto-sinceridad*. Así se conseguirá indirectamente superar todas las posturas negativas o asociales, y no por medio de moralizantes consejos, que no hacen sino entorpecer el desarrollo constructivo del neurótico. Nunca se ha dado mejor norma psicoanalítica que la expresada por el Pontífice en ese comprensivo consejo.

Tres jesuitas, un francés, un belga y un holandés, han estudiado minuciosamente el tema de la moral del psicoanálisis en materia sexual. Son los padres Tesson y L. Beirnaert, por un lado, en su obra *Psicoanálisis y conciencia moral*, y, por otro, el padre A. Snoeck en *Confession et Psychoanalyse*.

«Los descubrimientos del psicoanálisis —se pregunta el padre Tesson—, ¿van a trastornar nuestras ideas acerca de la conciencia moral? No lo creemos». Lo que harán es ayudar a superar una moral infantil del *super-yo*, y así acceder a una moral adulta de la responsabilidad personal, olvidando ingenuos y primitivos tabús sexuales. Nada de falsos puritanismos; sino sinceridad para aceptar nuestra falta de integración de lo sexual, a veces desorbitado por morbosa carta de más o, por el contrario, con excesivo miedo en el polo opuesto.

El padre Beirnaert afirma, a su vez: «Nos complace reconocer que la teología podría recibir del psicoanálisis una valiosa contribución».

«El psicoanálisis freudiano ortodoxo —dice el padre Snoeck— no plantea problemas (para el cuidado espiritual de las almas)...; porque lo único en que interviene directamente es en crear un clima de distensión en el cual la psiquis del paciente lleve las impulsiones del inconsciente a un equilibrio aceptable... El psicoanálisis y la confesión semejan ir en la misma dirección, confluyendo el uno y el otro, hasta encontrarse en un campo que es el del cuidado de lo íntimo del hombre».

Y todavía resulta —si cabe— más explícito uno de los mejores psicoanalistas católicos, el doctor Charles Nodet, quien reconoce el equilibrio integrador que produce el psicoanálisis, como técnica y como doctrina. «El psicoanálisis —dice— puede conducir al cristiano a meditaciones filosóficas muy fecundas acerca de la unidad de la vida psíquica y la jerarquía necesaria de los diferentes planos de que se compone el hombre».

Ya no fomentaremos entonces los miedos sexuales, ni las reacciones morbosas; pero tampoco estaremos cohibidos ante la fuerza positiva de lo sexual, porque aceptaremos su energía constructiva como algo bueno para el individuo y la sociedad. En vez de cerrar los ojos ante sus atractivos, haremos una consideración constructiva. Y cuando veamos ciertos excesos, o —en el extremo opuesto— ciertas represiones exageradas, sonreiremos pensando en la necesidad de integrar mejor y más espontáneamente esta bella fuerza, pero no levantaremos airados y rasgándonos las vestiduras nuestra voz, porque sabemos que estos gritos ultramoralizantes son siempre máscaras de deseos inconscientes mal canalizados.

Parece aquí escucharse la norma de Pío XII, recordada en mi artículo anterior, sobre el desarrollo total del hombre, y el equilibrio ordenado y completo del ser humano como meta que debe servirnos para valorar las diferentes terapéuticas psíquicas.

«Es preciso afirmar —dice el doctor Nodet— que esta psicología psicoanalítica no se opone, en nada, a una reflexión religiosa, y en particular a la acción de la gracia santificante». Y es preciso «rendir homenaje al genio de Freud...; y la moral cristiana —la única totalmente humana, por ser positiva y no negativa— parece que recibe en la actualidad luces insospechadas de este terapeuta».